

riormente la significaba cuanto quería que ella entendiese.

Esta ilustre visión preparó con tiempo á Rosa para los últimos dolores de su última perlesía, que le acabaron la vida en edad floreciente. Cuando tratemos después del feliz tránsito de Rosa, volveremos á hablar de este punto, porque no cabe en un solo capítulo toda la paciencia de esta virgen.



CAPÍTULO XIX

Rosa manifiesta con varias demostraciones el ardor amante que tiene al divino Esposo.

PARA que todo el mundo conociese el volcán de amor divino que ardía en el pecho de Rosa y la grandeza de este incendio, quiso Dios manifestarlo con señales públicas y visibles. Quiso que cuando estaba en la oración saltasen de su rostro centellas y brillasen resplandores de luz. No pudo escusar la virgen el dormir una noche con otra doncella dentro de un mismo aposento. La compañera, despertando al cantar el gallo, vió que entre la obscuridad y tinieblas centelleaban muchas luces en aquella pieza. Asustóse, y con el miedo, mirando á una parte y á otra acabó de conocer que aquella luz que iluminaba la habitación obscura y tenebrosa tenía su origen en el rostro de Rosa, que retirada á un rincón estaba suspensa en oración, la que había dejado secretamente la cama, que por disimular había ocupado al principio y se había puesto en el suelo á orar. Cuando ella creía que por lo oscuro estaba más oculta, venía á estar más en público, porque la descubrían las centellas encendidas que salían por la boca y por los ojos; siendo el

prodigio claro testigo del incendio que en lo interior ardía. Es cosa averiguada que no fué esta vez sola sino varias las que delante de muchos le sucedió este portentoso, estando ella ignorante de las luces que arrojaba cuando más gustosamente estaba ocupada en la contemplación.

No eran testigos menos abonados de estos ardores los suspiros fervorosos que dejaba oír en la oración, antes lo daban á entender mejor que las centellas; pues con ellos templaba por una parte el calor insufrible del corazón, que estaba como en un horno, por otra parte avivaba y hacía crecer más la llama. No se le caían de la boca estas afectuosas palabras: «Señor y Dios mío, ¿cómo es posible que haya quien deje de amarte? Pero yo, mi buen Jesús, ¿cuándo comenzaré á amarte como mereces? ¡Ay de mí y qué lejos estoy de aquel amor perfecto, íntimo y robustísimo que te debo! Aún no he aprendido á amarte como conviene. ¡Oh lo que me avergüenzo de mi tibieza! ¿De qué me sirve este corazón que tengo; para qué le quiero, si hasta ahora no se ha deshecho en cenizas á puro amarte?» Y es que es muy propio del amor verdadero esta sed continua de aquello mismo de que tiene más abundancia.

Para lograr más y más amor y que fuera éste todo lo perfecto que cabe en una pura criatura, se excitaba continuamente á sí misma á este afecto santo por medio de oraciones cortas ó jaculatorias que pondremos aquí á la letra, por haber agradado á todos cuantos las oyeron y aprovechado á muchos. ¿Pero qué extraño si están hirviendo en amor divino? Son, pues, como siguen. «Señor mío Jesucristo, decía la virgen, Dios y hombre verdadero, Criador y Redentor nuestro: el alma se me quebranta por haberte ofendido, por ser tú quien eres y porque te amo sobre todas las cosas. ¡Oh Señor, tú que eres verdaderamente Dios mío, el Esposo de mi alma, y toda la alegría de mi corazón. Yo, yo soy la que ansiosamente deseo amarte, benignísimo Jesús, con aquel amor perfectísimo, con aquel amor eficazísimo,

síncerísimo, inefable, intensísimo, incomparable, incomprendible, irrefragable, invictísimo, con que juntos te aman todos los cortesanos del cielo empíreo. Y además deseo amarte, Dios de mi corazón y de mi vida, Dios que eres todas mis delicias, gusto y consuelo, quisiera amarte con todo aquel amor con que te ama tu Madre Santísima, Señora mía y Virgen purísima. Y no satisfecha con esto, á ti, oh salud y gozo de mi alma, á ti digo te deseo amar tanto como tú mi Dios te amas á ti mismo. Abráseme yo, desfallezca yo, consúmame yo con el fuego de tu amor divino, oh mi Jesús benignísimo.» Inculta y ruda parecerá esta retórica á los oídos de los mundanos, pero en la escuela del divino amor no son exageradas estas hipérboles, por lo mismo que retratan el estado en que se encuentra el que verdaderamente ama á Dios.

Rosa, valiéndose de su ingenio, sabía muy bien encubrir las demás virtudes. Sola la caridad, que es llama y fuego, no se sujetaba al arte ni á la industria para dejarse esconder. De aquí el que en las conversaciones, en el modo de saludar, en el de responder y en todos los actos de su vida se vislumbrara siempre la caridad que la abrasaba, en el empeño y cuidado que ponía en hacer mención del amor divino. Si hablaba con los de su casa, con señoras ó con otras vírgenes, lo primero que se le oía decir era: «Amemos mucho á nuestro Dios, amémosle.» Si se ofrecía alabar á alguna persona ausente, concluía todo su elogio diciendo: «Amaba á Dios muy mucho y muy de veras.» Siempre que se ponía á los pies del confesor, después de haberse santiguado, prorrumplía en estas palabras: «El Señor sea contigo, mi Padre. Sea Dios todo nuestro amor. ¡Oh quién pudiera hacer que todos le amásemos! ¡Ay! los que no le aman no saben lo que es bondad.» En toda conversación era todo su gusto y consuelo oír hablar ó hablar algo del amor divino y repetir la obligación tan estrecha que tenemos á un Señor que tanto nos amó y nos ama y distinguir los varios títulos, modos é incen-

tivos de este amor. En las conversaciones, aunque el asunto de que se hablara tuviera poca relación con el amor divino, valiéndose de rodeos ingeniosos lograba que se llegara al fin, á sus temas favoritos, que eran el amor y la amabilidad de Dios. Una vez logrado esto, era cosa admirable oír á la virgen, que de suyo era muy callada, con qué palabras tan bien cortadas, tan vehementes y fervorosas se entretenía en ponderar lo mucho que debemos amar á Dios, la afabilidad grande de su su bondad, que no se desdigna de ser amado de sus criaturas, la hermosura de aquella Majestad tan digna de ser querida. Solamente en esta conversación no le faltaban á Rosa vocablos enfáticos; aquí solamente corría el raudal de su elocuencia, aquí se encendía el espíritu, se afinaba la voz, despedían rayos los ojos, brotaba fuego el corazón; y ninguno de los presentes podía dudar que movía sus labios la abundancia del amor que estaba estancado en el corazón.

Cuando estaba sola y recogida en el reducido espacio de su celdilla, ó cuando ella pensaba que nadie podía escucharla, con más ternura y libertad, ya en verso, ya en prosa, hablando ó cantando, daba desahogo al amor intensísimo que ardía en su corazón. En cierta ocasión el contador D. Gonzalo con su mujer é hijos, escuchaban desde un lugar oculto de su misma casa á Rosa, que retirada en lugar solitario celebraba con inexplicable fervor sus divinos amores. Convidaba por su orden á todas las criaturas al amor del Criador dulcísimo. Nombraba los elementos, los cielos, los ángeles, las plantas, los animales, y al nombrar á cada uno repetía: «Amemos á Dios, á Dios amemos; amor es Dios, Dios es amor.» Y no se contentaba con decirlo de paso; se le pasaban dos y tres horas estando fija en un lugar y mirando al cielo. Se detenía en repetir estas voces con tanto calor é ímpetu de espíritu, que sin saberlo ella pudo conmover los corazones de los que la oían á amar á Dios y compungirse de sus culpas. Por causa de estar abrasándose en amores de Dios, no ha-

llando modo con que templar y satisfacer su fervor, solía coger una cítara que estaba colgada en la pared, aunque nunca había aprendido á tocarla, y moviendo las cuerdas según la dictaba la inspiración de que se hallaba dominada, cantaba suavemente las quejas del amor, de quien estaba herida, para dar á entender á su querido Esposo su pasión con estos ademanes de amante.

Es el celo de la gloria divina testimonio irrefragable de la grandeza del amor que siente el alma hacia Dios. El haber sido tan encendido en los santos, es consecuencia del ardor en que se abrasaban sus corazones, cuando consideraban lo que debían al Señor. De aquí nacía el estarse abrasando y consumiendo Rosa, si sabía que pública ó secretamente se cometían acciones que en lo más mínimo violasen la honra de Dios; ni podía acabar consigo el darse por desentendida, aunque fuesen levisimas las ofensas. Abominaba tanto las pláticas ociosas en la iglesia, que aunque era de su natural encogida y sumamente parca en palabras, no podía contenerse sin amonestar á los que así hablaban, del debido respeto con que habían de estar en el templo, por la reverencia que se debe al lugar sagrado. Lo hacía con tal moderación, humildad y prudencia, que más parecía que rogaba que no que corregía. En su casa, cuantos eran de la familia andaban con cuidado de no decir en su presencia palabras necias y ociosas, temiendo el ceño y entereza de Rosa, y esto aun cuando era muy niña. Conocían que aunque era pacientísima para sufrir sus injurias por crecidas y repetidas que fuesen, le eran intolerables cuantas cosas pensaba que podían ofender á Dios, aunque fuesen ligeras. Tuvo este santo tesón desde sus primeros años; porque cuando los otros hermanos, siguiendo el genio parlero de aquella edad, decían sin entenderlo palabras feas ó sin culpa suya repetían cantares de amores, que acaso oían á otros, lloraba Rosa, huía por no oírlo, acusábalos delante de su madre, querrellábase porque Dios era

ofendido, y lo que no podía castigar por otro camino, lo vengaba en sí misma con llanto amarguísimo.

Aborrecía Rosa tan profundamente las mentiras, defecto muy frecuente en los niños, que tenía á cada paso en la boca estas palabras: «Ni por el cielo ni por la tierra se ha de mentir, porque Dios todo es verdad.» Y así cuando alguno en su presencia, aunque fuese sencillamente y con buena fe, refería algún suceso que no era como él lo contaba, volviendo Rosa por los fueros sagrados de la verdad, le corregía con palabras apacibles y hacía constar con la mayor afabilidad y cortesía que no sucedió como se refería. Poco más de una hora antes de expirar aconteció que vino á su presencia cierto religioso sacerdote, á quien ella deseaba ver antes de morir. Cuando entraba á ver á Rosa, una de las mujeres que allí asistían dijo con buena fe: «Oh Padre mío, en qué tiempo tan á propósito viene V. Ya había mandado Rosa que le llamasen.» Oyólo la que estaba ya moribunda, y deseosa de que solo se dijese la verdad, recogiendo el desmayado aliento, dijo en voz inteligible: «No erremos, señoras. Yo, padre mío, deseaba veros antes de mi muerte, esto dije solamente y no más.» Tanto como esto era el cuidado que tenía de decir verdad, porque es Dios verdad.

Como sabía que el mejor uso que puede hacerse de las lágrimas es emplearlas en el servicio de Dios, no veía con buenos ojos que se derramasen inutilmente por otra causa; deseando que solamente se reservasen para el Señor como tributo propio de la Majestad divina. Viendo en cierta ocasión llorar á su madre, arrebatada de celo por la gloria de Dios, la dijo: «¡Oh madre mía! ¿qué haces? así desperdicias pródigamente las riquezas reservadas solamente para el tesoro de Dios? Mira y acuérdate que el precioso tesoro de las lágrimas sólo á Dios pertenece, quien nos le ha dado para lavar nuestras culpas.»

Hijo legítimo de este celo amoroso era aquel gozo inmenso con que parece que reverdecía y se hermosea-

ba esta Rosa cuantas veces sabía que se adelantaba con algún insigne suceso la honra de Dios ó su mayor servicio. Era fama común en Lima, que cierta religiosa profesada, quebrantando la clausura, había ido fugitiva, desde Vizcaya á las Indias, y que en traje de hombre había estado mucho tiempo vagabunda en la ciudad de Guamanga, y que finalmente por especial merced de Dios había caído en la cuenta; y que volviendo a tomar el hábito en la misma ciudad, vivía reducida á clausura en un convento de monjas. Oyendo esto Rosa, su abrasado celo se encendió con tantos afectos, cuantos eran los motivos que cuando se refería el caso la arrebatában. Primeramente era increíble el dolor que atravesaba su corazón por la injuria sacrilega cometida contra su Esposo, viendo que se había violado el honor divino con tan feo y público delito. Pero juntamente saltaba el alma de placer celebrando la victoria de la divina gracia. Compadecíase de la miserable mujer que así se dejó caer en culpas tan enormes; y juntamente se alegraba, viendo que en aquella pecadora alababan todos públicamente la bondad y misericordia maravillosa de Dios. A ésta hacía grandes fiestas y le atribuía la gloria y el triunfo de la nueva hazaña. No fuera tan extraordinario su gozo, si por otra suerte ó por gracia la hubieran hecho emperatriz de todo el mundo. Finalmente, mezclándose los afectos, ya temía, ya esperaba la constancia y perseverancia de la recién convertida. Para que fuese más colmado su consuelo, se dignó Cristo de revelar á su esposa, que podía estar segura de la penitencia y reconocimiento de la nueva monja, y que no sólo había de perseverar, sino que había de ser insigne virtuosa y santa.

Nada bastaba á satisfacer el deseo que tenía de publicar los amores de su Esposo; y así casi siempre se lamentaba con sus confesores, diciendo que era ingrata en corresponder á la bondad que en sí experimentaba de tan suave Señor; y que no sabía el modo con que celebrar y reverenciar tan excelsa amistad. Sucedió

caer enfermo de peligro un confesor suyo y en tiempo muy poco á propósito; porque estaba muy cercano el día en que había de predicar un sermón de compromiso y de mucho concurso y solemnidad. Envió un recado á Rosa, avisándole del estado de su dolencia, que había sido repentina, y que se hallaba sin fuerzas para predicar; y que le daba pena, porque faltando el sermón, como parecía forzoso, sería menos autorizada la fiesta y más estando convidado lo más florido de Lima, de donde esperaba coger muy colmado fruto. Rosa, admirada y contristada con la novedad, deliberando algún tanto, respondió: «Supuesto que este negocio es del servicio de Dios, y toca en punto de su honra, id luego y decid al enfermo que sin duda ninguna ha de predicar el sermón que tiene encomendado, y que á su tiempo se hallará con fuerzas, aunque no será esto sin costarle pesadumbre á otra persona que yo me sé.» Y era que había pactado con Dios, que ella padecería las calenturas de su confesor, para que él pudiese predicar, como había sucedido antiguamente á Santa Catalina de Sena. Y no dudó la virgen de hacer con Dios este concierto, aunque fuesen tan costosas las condiciones; porque tenía por menor inconveniente abrasarse con el ardor de la calentura, que no que la fiesta que se celebraba para mayor gloria de Dios, tuviese por falta de sermón el más mínimo deslucimiento. Cumplióse como lo había dicho la virgen. Convaleció el predicador pocas horas antes que se llegase el tiempo del sermón, predicó con admiración y aplauso; y entre tanto que se celebraba esta función lucida, se abrasaba Rosa con una fiebre que no era suya; no dejando por esto de asistir al sermón, porque el celo fogoso de la gloria de Dios podía más que la calentura.

La fuerza del amor, el que si reina en el corazón es inquietísimo, obligaba á nuestra virgen á que no dejase piedra por mover, en orden á servir más y mejor al Esposo que únicamente amaba. Había llegado á entender por las historias, que Santa Catalina de Sena había

dado de limosna hasta el mismo hábito á Cristo, disfrazado en traje de pobre y desnudo. Envidiando Rosa esta gloriosa hazaña, impelida del amor ideó un modo nuevo de vestir espiritualmente á Cristo, tejiéndolo una tela de ejercicios espirituales. Nunca le parecía Cristo más pobre que en el portalillo de Belén, donde le miraba reducido á un establo, pequeñito en el cuerpo, desnudo, tiritando de frío, envuelto en pobres pañales y reclinado en un pesebre. Aplicaba Rosa todo su ingenio para acertar á cortar y coser un vestido muy á medida del amor que profesaba al divino Infante, á costa de obras piadosas, que es la más preciosa tela para este Señor. Será, sin duda, agradable al piadoso lector poner aquí lo que Rosa escribió por sus mismas manos, referente á dicho vestido y á cuanto con él se relaciona.

«Jesús. Año de mil y seiscientos y diez y seis. Con el favor de Jesucristo y de la bendita Madre, comienzo á preparar vestido á mi dulcísimo Jesús, que ha de nacer en Belén temblando de frío, desnudo y pobre. La camisa ha de ser de cincuenta letanías, nueve Rosarios, cinco días de ayuno, en reverencia de la Encarnación santísima. Los pañales constarán de nueve estaciones al Santísimo Sacramento, nueve partes del Rosario, y nueve días de ayuno, que corresponden al número de los meses que habitó en las entrañas purísimas de María. Para mantillas cinco días de ayuno, cinco estaciones, cinco Rosarios enteros á honor de su nacimiento. Para fajas cinco coronas del Señor, cinco días de ayuno, otras tantas estaciones, en reverencia de su Circuncisión. Para flecos y randas con que se adornen mantillas y fajas, treinta y tres comuniones, oír treinta y tres misas: treinta y tres horas de oración mental, treinta y tres Padres nuestros y Ave Marías, otros tantos Cremos, con Gloria Patri y Salve Regina. Item treinta y tres partes del Rosario, treinta y tres días de ayuno, tres mil golpes de disciplina, en veneración de los años que vivió el Señor en la tierra. Finalmente, para

dijes y juguetes que se han de presentar al Niño, ofrezco lágrimas de mis ojos, suspiros del corazón, actos fervorosos de amor; y juntamente con esto toda mi alma, todo mi corazón, sin reservar nada para mí, porque así conviene que yo no posea nada y que todo se lo ofrezca.»

Es cosa notoria que de esta oficina sacó Rosa muchas veces vestidos á Cristo, los que á veces repartía entre personas devotas muy amigas suyas, para que los ofreciesen, vistiesen y ajustasen á Jesús desnudo, que era todo su amor. ¿Mas qué dejó de hacer Rosa para que este Señor fuese amado y honrado de todas las criaturas? Agradó tanto este fervor á Dios, que quiso honrar con un milagro célebre la solicitud que ponía en propagar su amor. Por ser tan singular el caso, trataremos de él en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO XX

Para persuadir Rosa á todos con más eficacia el amor de Dios, alcanzó que sudase manifiestamente una imagen de Jesucristo.

EN EL oratorio del contador D. Gonzalo, entre muchas sagradas imágenes que allí había, la más celebrada por hermosa y venerable, era una que representaba en un lienzo el rostro de Cristo en edad varonil, con bellos colores y perfiles delicados. La tenía Rosa mucha devoción, tanto que apenas se corría la cortina que la ocultaba, ponía en ella los ojos, mirándola con tanta ternura y ansias, que parece que quería robarla é introducirla en el corazón á fuerza de contemplación fervorosa. Y no era mucho, pues todo el tiempo que se detenía en mirarla, sentía en el pecho ardores de amor divino.

El año de 1617, á 15 de Abril, por la tarde, cerca de las Ave Marías, estaban en oración dentro del oratorio, como tenían de costumbre, Rosa y la mujer del contador con sus hijas. Se había corrido la cortina que ocultaba la efigie venerable, ardían dos luces, puestas en el altar, para mayor culto y veneración, y otra tercera